

---

**INNERARITY, Daniel, *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Paidós, Barcelona, 2009.**

EL RELOJ DE LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA, por Ángela IRANZO\*

---

A través de esta obra, el filósofo Daniel Innerarity, lanza una propuesta innovadora y desafiante. Advierte de la urgente necesidad de repensar la política y, en concreto, la política democrática a partir de la categoría tiempo. Dicho de forma algo sucinta, se plantea cómo las sociedades actuales, en un mundo globalizado e interdependiente, experimentan el tiempo —en sus dimensiones presente, pasado y futuro— y qué efectos tienen las experiencias temporales dominantes sobre la concepción, acción y proyección de una política democrática.

Con una prosa amena, ritmo ligero y una remarcable capacidad de atraer al lector con continuos guiños a la política española del día a día, Innerarity crea el primer peldaño de lo que podría ser una escalera. Quizá debido a su propósito divulgativo, esta obra acaba por hilvanar una propuesta; apuntando a cuestiones de indiscutible interés pero que quedan ahí, apuntadas, a falta de un mayor desarrollo y concreción teórica. Por ello, se podría decir que esta obra es más un punto de partida que de llegada en la reflexión de la teoría política. Por supuesto,

el reseñar esta nota no tiene nada de peyorativo. Es una obra propositiva, arriesgada y creativa que abre interrogantes y presenta lo que podría ser una nueva forma de aproximación política a un mundo complejo para el que ya no sirven las clásicas categorías explicativas —las más, derivadas del pensamiento político moderno—.

El autor sostiene que nos encontramos en un momento, si no de crisis, de desajuste, desfase, de transformación; un estado que Innerarity, lejos de dramatizarlo, se esfuerza por subrayar su dimensión de oportunidad creativa. De este modo, nos sumerge en un intento de repensar la política democrática desde, básicamente, la urgencia de reflexionar sobre la relación de la política con el tiempo futuro, el tiempo por venir, dejando ya a un lado la moderna idea de progreso. Con este propósito, llaman especialmente la atención tres postulados.

El primero apela a la necesidad de acabar con una acción política regida por la “tiranía del tiempo presente”, esto es, un ejercicio político contagiado de la pandemia

moderna de la aceleración. Ésta es una de las razones por las que los ciudadanos nos vemos ante políticas y políticos que han sustituido la “acción” política responsable y sopesada por la mera “reacción” ante lo urgente —con el problema añadido de que hemos perdido el hábito de diferenciar entre lo importante y lo urgente—. Ante este diagnóstico, Innerarity llama a una concepción más amplia y compleja del tiempo social, una concepción que, siguiendo —en mi opinión, de un modo muy acertado— a Fernand Braudel, compatibilice la corta duración con la llamada “larga duración”.

La política no puede estar basada únicamente en la inmediatez, en el corto tiempo, sino que debe estar orientada a un proyecto futuro, sin necesidad de que éste implique determinismo alguno o una concepción teleológica de la política. Para el autor, esto implica apelar a la creatividad social y a la responsabilidad social y política. Por ello, también recupera alguna de las reflexiones que ocuparon a Reinhart Koselleck, concretamente la intrínseca relación normativa entre pasado, presente y futuro. El tiempo futuro no es sino una responsabilidad del presente, consiste en unas expectativas (posibilidades de ser) trazadas a través de la decisión en el tiempo presente. La concepción moderna del tiempo histórico (el progreso), invalidó la idea del “pasado futuro” dictando por sentencia que en la era moderna el presente rompía con el pasado y el futuro se construía desde un progresivo desarrollo lineal basado en la capacidad racional del ser humano. Por el contrario, es hora no sólo de desoír este sentencia —lo cual ya hacen muchos—, sino también de incluir el tiempo futuro y con ello, la responsabilidad, en el quehacer político del tiempo presente.

Junto a este llamamiento a la “repolitización del futuro”, el segundo postulado incide en la necesidad de reconocer que la contingencia, la incertidumbre y la inseguridad son elementos inherentes a la política. Desde la convicción de que nos encontramos en una “era postheroica” de la política, carente de las ambiciones y enfrentamientos épicos de la época de las ideologías, Innerarity advierte de la necesidad de perseguir la realización de la democracia desde el reconocimiento sereno de que el mundo es contingente, variable, de que no existen verdades absolutas, ni proyectos moralmente “buenos” o “malos”. Por ello, hace un llamamiento al “decisionismo” en el mundo político actual. Por supuesto, se guarda de cualquier aproximación al “decisionismo” *schmittiano*, dejando muy claro que al que él apela sería el propio de una sociedad postheroica, es decir, “la deliberación colectiva para combatir la incertidumbre, en una línea democratizadora”<sup>1</sup>.

Quizá éste sea uno de los aspectos que quedan, como se comentaba al inicio, únicamente hilvanados, sin permitir al lector una mayor comprensión y profundización en la propuesta del autor. ¿Cómo se propone el ejercicio efectivo de la deliberación colectiva —máxime cuando a lo largo de estas páginas, el autor apela a la permeabilidad del Estado y, con ello, al carácter relativo del poder de decisión (soberanía en términos absolutos), así como a la centralidad de la globalización y la interdependencia social que genera—?. Pero, al margen de echar en falta un mayor desarrollo, es interesante la firmeza con la que

<sup>1</sup> Véase p. 173.

Innerarity nos advierte de lo conveniente de “modificar nuestro modo de entender la política”, afirmando que esto no implica una vuelta a la ideología, sino concebirla bajo otros parámetros, despojada del patrón de las ideologías utópicas.

Esta nueva concepción de la política “tiene que entenderse con un futuro que ya no es objeto de adivinación o algo que se pueda planificar, sino algo fundamentalmente incierto que, no obstante, debemos anticipar”<sup>2</sup>. Por ello, mostrando un sorprendente parecido con los postulados que han defendido los autores del llamado realismo clásico de Relaciones Internacionales<sup>3</sup>, para el autor una política basada en el “decisionismo” es aquella que reconoce los límites de la racionalidad humana, la contingencia del mundo político, llama a una ética de la responsabilidad y a la búsqueda de una política de lo posible, así como a aceptar de forma natural —y no como un lapso de la lógica racional o fallo del bondadoso corazón humano— el disenso y la pluralidad de opiniones en tensión. Ésta es la esencia de la democracia para Innerarity y hay que aprender no sólo a aceptarla, sino a cultivarla. Parafraseando a Luhmann, dice que habría que sustituir la obligación de unidad por la oportunidad de entenderse<sup>4</sup>. El consenso o más bien su búsqueda, también tiene sus fantasmas.

Finalmente, con la “repolitización del futuro” y el llamamiento al “decisionismo” como responsabilidad (política) futura en un mundo postheroico, se aborda el desafío de cómo reivindicar

la proyección futura de la política sin aludir a la idea moderna de progreso. Cuando en los primeros capítulos, el autor analiza la forma en que las sociedades actuales experimentan el tiempo, dice que, de algún modo, sigue presente la idea moderna de progreso: permanece su dinámica pero ha desaparecido su finalidad. Por lo tanto, se podría decir que nos movemos mucho y muy deprisa para no ir a ningún sitio. Esto es lo que Innerarity apunta como el paradójico efecto de la aceleración que acaba llevando al estancamiento histórico.

Pese a todo ello, el interés de este último postulado radica, en primer lugar, en que Innerarity parte de la convicción de que la idea moderna de progreso — con sus notas de única, lineal, universal, racional, continua y teleológica— carece de vigencia en la actualidad. En este sentido, es interesante apuntar que puede que se estén configurando los márgenes de un debate en torno a la concepción del tiempo histórico. Últimamente, otros filósofos como John Gray han apelado, por el contrario, a la vitalidad de la que todavía goza esta concepción de progreso (apelando, fundamentalmente, al neoconservadurismo de la Administración Bush)<sup>5</sup>. Si efectivamente estamos en un momento de reconfiguración de la política, bienvenido sea este debate ya que como es sabido, en toda concepción de la política subyace una idea del tiempo histórico.

Por lo tanto, partiendo de la actual obsolescencia de la concepción del tiempo futuro como progreso, el autor propone una nueva forma de entender

<sup>2</sup> Véase p. 155.

<sup>3</sup> Si bien el autor no hace ninguna referencia a la Teoría de Relaciones Internacionales, en general, ni a los autores del realismo clásico, en particular.

<sup>4</sup> Véase p. 160.

<sup>5</sup> Véase GRAY, John, *Misa negra. Religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Paidós, Barcelona, 2008 y GRAY, *Contra el progreso y otras ilusiones*, Paidós, Barcelona, 2006.

políticamente el tiempo futuro. Partimos, por tanto, de lo que llama una perspectiva “post-progresista” para reconocer la desilusión —que no indiferencia, dice el autor— de las sociedades actuales y, desde su aceptación, llamar a un encuentro de la política con el tiempo futuro. Un encuentro que, para Innerarity, puede propiciarse a través de la esperanza colectiva.

Puesto que esta reseña aparece publicada en una revista especializada en el mundo de las relaciones internacionales, no considero fuera de lugar mostrar la sorprendente similitud entre la propuesta del autor y algunos teóricos de Relaciones Internacionales que, desde los años noventa, han apelado a una recuperación del realismo clásico como un camino idóneo para una “re-politización de la democracia”<sup>6</sup>. Con este propósito, estos autores han rescatado el pensamiento de, por ejemplo, Reinhold Niebuhr, quien, desde una reinterpretación del realismo agustiano (también llamado realismo esperanzado) en los años cuarenta del siglo XX, diferenciaba entre una política basada en la ilusión y una política basada en la esperanza. Con ello, Niebuhr buscaba huir de la ingenuidad de la ilusión para reivindicar con ello, no el pesimismo resignado, sino la esperanza: esto es, un “optimismo pesimista” que, incentivando la creatividad social, busque el mejor orden posible pero renunciando a toda utopía y desde el reconocimiento de la

permanente sombra de la contingencia histórica. Pese a esta aparente similitud, sin embargo, llama la atención que el autor se refiera a la política realista desde una concepción bastante reduccionista, sin apelar a la diversidad de enfoques existentes en el realismo político<sup>7</sup>.

En definitiva, la crisis de la idea moderna de progreso nos obliga a repensar cómo vivimos el tiempo. Un desafío que, para Innerarity, influye en muchas esferas diferentes de la vida individual y colectiva, y que el mundo político también tiene el deber de abordar.

Si bien la obra permitiría añadir más comentarios a los ya señalados, para concluir esta reseña se podría decir que vale la pena adentrarse en las páginas de *El futuro y sus enemigos*. Es una obra interesante en la medida en que nos sumerge en una dimensión normalmente reservada a la filosofía: el tiempo o, mejor dicho, la experiencia social del tiempo. Ésta, como toda obra, presenta luces y sombras. La introducción de la dimensión temporal en la reflexión política, su carácter multidisciplinar, el recurso a pensadores como Braudel, Koselleck o Foucault, entre otros; la búsqueda de nuevos conceptos (de progreso, decisión, responsabilidad, etc.) y, en general, su arriesgada naturaleza propositiva, son algunos de los puntos de luz que, en general, ofrece.

Sin embargo, otros aspectos quedan un poco sombríos o acaban produciendo un efecto de claroscuro sobre la totalidad de la obra. Por ejemplo, la tendencia a apuntar los ejes de varias construcciones teóricas sin aportar más desarrollo; una tendencia a definir la

<sup>6</sup> Así apela Vibeke TJALVE a una lectura realista de la democracia que consistiría en no rechazar la democracia como tal, sino en propiciar su emancipación de las teorías liberales utópicas. Ello permitiría, para Tjalve, articular la diversidad del mundo, fomentar el disenso, la creatividad política y la justicia social. Véase también, MURRAY, Alastair J., *Reconstructing Realism. Between Power Politics and Cosmopolitan Ethics*, Keele University Press, Edimburgo, 1997.

<sup>7</sup> Véase ps. 203 y 204.

política como un esfuerzo “civilizador” que quizá valdría la pena matizar por la recuperación del lenguaje decimonónico de la civilización (*versus* bárbaros) en el contexto de la “lucha contra el terror”; o una tendencia a definir la política desde un excesivo enaltecimiento de sus bondades<sup>8</sup>.

Pese a todo, Innerarity presenta en estas líneas herramientas útiles para trazar un diagnóstico de la temporalidad social de nuestros días, así como posibles antídotos para sanarnos de los efectos de la aceleración temporal que padece la política actual.

*“La velocidad de los procesos sociales supone una amenaza para las sociedades democráticas. Por eso, la política está obligada a concebirse como un gobierno de los tiempos, como «cronopolítica»; ya no sólo maneja espacios, recursos naturales o trabajo, sino también ha de gestionar el tiempo, influir en las condiciones temporales de la existencia humana, equilibrar en lo posible las velocidades de los diversos sistemas sociales y configurar un ritmo democrático”<sup>9</sup>.*

**\*Ángela IRANZO DOSDAD** es doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad Autónoma de Madrid. Sus temas de investigación son la Teoría de Relaciones Internacionales, el papel de las identidades en la política internacional, así como la religión y la secularización en el ámbito internacional.

---

<sup>8</sup> Véase por ejemplo, la definición recogida en la página 196.

<sup>9</sup> Véase, ps. 133-134.